

Bore; Orin, Vil y Ve. La carne de Imer formó la tierra, su sangre el mar y su cráneo el cielo (79). El sol no sabía entonces donde estaba su palacio, la luna ignoraba su fuerza, y las estrellas no conocían el sitio que debían ocupar.

Otro gigante llamado Noru fue el padre de la Noche. Esta, casada con un hijo de la familia de los dioses, dió á luz al Día. Colocaron al Día y á la Noche en el cielo en dos carros, conducidos por dos caballos: Hrim-Fax (crines heladas), conduce á la Noche; las gotas de su sudor forman el rocío; Skin-Fax (crines luminosas), guía al Día (80). Bajo cada caballo hay un odre lleno de aire que produce la frescura de la mañana.

Un camino ó un puente conduce de la tierra al firmamento: tiene tres colores y se llama arco-iris. Se romperá cuando los genios malos, después de haber atravesado los ríos de los infiernos, pasen á caballo este puente.

La ciudad de los Dioses está situada debajo de la encina Igg-Drasil (81), que da sombra al mundo: hay en el cielo varias ciudades.

El dios Thor es hijo mayor de Odin; Tyr es la divinidad de las victorias. Nueve vírgenes engendraron á Heindall el de los dientes de oro: Loke es el urdidor de engaños: el lobo Feuris es hijo de Loke (82); habiendo sido encadenado con dificultad por los dioses, saltó de su boca una espuma que se convirtió en manantial del río Nam (los vicios).

Las diosas guerreras ascienden á doce, y la principal es Frigga; llámense Walkirias: Gardur, Rosta y Skulda (el porvenir), la más joven de las doce hadas, va todos los días á caballo á escoger los muertos (83).

Hay en el cielo un gran salón, el Valhalla, en donde son recibidos los valientes cuando termina su vida: el salón tiene quinientas cuarenta puertas, y por cada una de ellas salen ochocientos guerreros muertos para batirse con el Lobo (84). Aquellos valerosos esqueletos se entretienen en romperse los huesos y comen en seguida juntos; beben la leche de la cabra Heidruna que paca las hojas del árbol Locrada (85). Su leche es agua miel: todos los días llenan un cántaro bastante grande para embriagar á los héroes muertos. El mundo perecerá en un incendio.

Encuéntrense en el culto de ciertos bárbaros magos hadas, profetisas y dioses desfigurados, tomados de la mitología griega. Lo sobrenatural es la naturaleza misma del entendimiento del hombre. ¿Hay acaso cosa más admirable que ver á los Esquimales reunidos en torno de un brujo encima de su mar sólido, en la entrada misma de ese paso tan largo tiempo buscado, y que una barrera eterna de hielo cerraba al navio del intrépido capitán Parry (86)?

Descendamos de la religión de los Bárbaros á sus gobiernos.

Parece que estos gobiernos fueron en general una especie de repúblicas militares, cuyos gefes eran electivos ó pasajeramente hereditarios por efecto de la ternura, de la gloria ó de la tiranía paterna. Toda la Europa antigua del paganismo y de la barbarie no conoció más que la soberanía electiva: la soberanía hereditaria fue obra del Cristianismo: soberanía que solo se estableció por una especie de sorpresa, dejando dormir el derecho á la par del hecho.

La sociedad natural presenta las mismas variedades de gobierno que la sociedad civilizada: el despotismo, la monarquía absoluta, la monarquía moderada, la república aristocrática ó democrática (87). Muchas veces también han imaginado las naciones salvajes formas políticas de una complicación y de una astucia prodigiosas, como lo prueba el gobierno de los Hurones. Algunas tribus germánicas, con la elección del rey y del gefe de la guerra, creaban dos autoridades soberanas, independientes la una de la otra; lo

qual ciertamente era una organización sorprendente.

Los pueblos venidos del Oriente de Asia diferían en constitución de los pueblos que habían salido del Norte de Europa; la corte de Atila presentaba el espectáculo del serrallo de Estambul ó de los palacios de Pekin; pero con una diferencia notable: las mujeres se presentaban públicamente entre los Hunos: Maximino fue presentado á Cerea, principal reina ó sultana favorita de Atila: estaba recostada sobre un diván, y sus damas bordaban sentadas en círculo sobre los tapices que cubrían el pavimento. La viuda de Bleda había enviado á los embajadores un presente de hermosas esclavas.

Los Bárbaros que en varios usos particulares se parecían á los salvajes que he visto en el Nuevo-Mundo, se diferenciaban esencialmente de ellos bajo otros puntos de vista. Un centenar de Hurones, cuyo gefe enteramente desnudo llevaba un sombrero de tres picos galoneado, servían en otro tiempo al gobernador francés del Canadá: ¿se les podría comparar á esas tropas de raza eslava ó germánica, auxiliares de las legiones romanas? Los Iroqueses en la época de su mayor prosperidad, no armaban más de diez mil guerreros: solo los Godos ponían, como un sobrante de su conscripción militar, un cuerpo de cincuenta mil hombres al sueldo de los emperadores; y en los siglos IV y V las legiones enteras se componían de Bárbaros. Atila reunía bajo sus banderas setecientos mil combatientes, número que apenas podría suministrar en el día la nación más populosa de Europa. Figuran también en los cargos del palacio y del imperio los Francos, los Godos, los Suevos y los Vándalos: alimentar, vestir y equipar á tantos hombres, solo puede hacerlo una sociedad que haya hecho progresos en las artes industriales: el hecho de tomar parte en la civilización griega y romana supone un desarrollo considerable de inteligencia. La extravagancia de los usos y costumbres no destruye el anterior aserto, porque el estado político de un pueblo puede estar muy adelantado, y conservar sin embargo los individuos de este mismo pueblo los hábitos del estado de la naturaleza.

Conociase la esclavitud entre todas aquellas hordas amotinadas contra el Capitolio: este derecho horrendo, emanado de la conquista, es no obstante el primer paso de la civilización: el hombre enteramente salvaje mata y se come á sus prisioneros, y únicamente cuando tiene una idea del orden social, les deja la vida para emplearlos en sus trabajos.

Los Bárbaros conocían la nobleza lo mismo que la esclavitud: tan solo por haber confundido la especie de igualdad militar que nace de la fraternidad de las armas, con la igualdad de las clases, se ha podido dudar de un hecho enteramente averiguado. La historia prueba de un modo irrecusable que existían diferentes rangos sociales en las dos grandes divisiones de la sangre escandinava y caucásiana. Los Godos tenían sus Ases ó semi-dioses; y dos familias dominaban á todas las demás, los Amalis y los Baitos.

El derecho de primogenitura era ignorado de la mayor parte de los Bárbaros, y costó mucho trabajo á la ley canónica hacérselo adoptar. No solo subsistía entre ellos la herencia en partes iguales, sino que algunas veces, reputando por más débil al menor de los hijos, le concedían ventajas en la sucesión. «Cuando los hermanos se han repartido los bienes paternos, dice la ley gálica, el más joven obtiene la mejor casa, los instrumentos de labranza, la caldera de su padre, su cuchillo y su hacha (88).» Lejos de estar en vigor el espíritu de lo que se llama ley sálica en la verdadera ley sálica, la línea materna era llamada antes que la línea paterna en las herencias y en los negocios que de ellas resultaban. No tardaremos en ver un ejemplo al hablar de la pena del homicidio (89).

El gobierno seguía la regla de la familia; el rey al morir dividía su sucesión entre sus hijos, salvo el consentimiento ó la ratificación popular: la ley política no era en su sencillez sino la ley doméstica.

En muchas tribus germánicas la posesión era anual; propietarios de lo que cultivaban, volvían las tierras después de la cosecha á la comunidad (90). Los Galos extendían el poder paterno hasta sobre la vida de sus hijos: los Germanos no podían disponer sino de su libertad (91). En el país de Gales el Peucednelt ó gefe del clan, gobernaba todas las familias (92).

Las leyes de los Bárbaros, separándolas de lo que el Cristianismo y el Código romano introdujeron en ellas, se reducen á las leyes penales para defensa de las personas y de las cosas. La ley sálica habla del robo de cerdos, de caballerías, de carneros, de cabras y de perros, desde el lechón hasta la puerca que marcha á la cabeza del ganado, desde el ternero hasta el toro, desde el cordero recién nacido hasta el carnero, desde el cabrito hasta el macho cabrío, y desde el perro conductor de jaurías hasta el del pastor. La ley gálica prohibía tirar una piedra al buey uncido al arado, y apretarle demasiado el yugo (93).

La ley protege principalmente al caballo, y condena á una multa de quince hasta treinta sueldos de oro al que ha montado un caballo ó una yegua sin el permiso del dueño. El robo del caballo de un franco, de un caballo capon, de un caballo entero y de sus yeguas obliga á una considerable indemnización (94). La caza y la pesca tenían sus garantías; señalábanse retribuciones por una tórtola ó un pajarillo libertados de los lazos en que hubiesen caído; por un halcón cogido en un árbol; por la muerte de un ciervo domesticado que servía para atraer á los ciervos salvajes; por el robo de un jabalí acosado por otro cazador; por el de la caza ó de la pesca ocultas; y por el hurto de una barca ó de una red de pescar anguilas. Disposiciones especiales protegían toda especie de árboles: velar por la conservación de los bosques (95) era hacer leyes en favor de la patria.

La asociación militar ó la responsabilidad de la tribu y la solidaridad de la familia se encuentran en la institución de los co-jurandos ó compurgadores: si acusaban á un hombre de una falta ó de un crimen, podía según la ley alemana y otras muchas, librarse de la pena, si hallaba cierto número de iguales suyos que juraran que estaba inocente. Si el acusado era una mujer, los compurgadores debían ser mujeres (96).

Siendo la valentía la principal cualidad del bárbaro, se castigaba toda inuria que suponía falta de valor: por consiguiente llamar á un hombre *LEPUS liebre* ó *CONCACATUS, ciscado*, obligaba á una indemnización de tres hasta seis sueldos de oro (97); y la misma tarifa regia por la reconvencción hecha á un guerrero de haber arrojado su escudo en presencia del enemigo.

La barbarie se manifiesta en toda su desnudez en la legislación de las heridas: la ley sajona es la que descende á más pormenores sobre este punto: cuatro dientes rotos delante de la boca no costaban más que seis chelines, pero un solo diente roto detrás de los cuatro anteriores valía cuatro chelines; la uña del dedo pulgar estaba tasada en tres chelines, y una de las membranas de la nariz tenía el mismo valor (98).

La ley ripuaria se expresa con más nobleza: exigía treinta y seis sueldos de oro por la mutilación del dedo que sirve para lanzar las flechas (99): manda que un nigénuo pague diez y ocho sueldos de oro por la herida de otro nigénuo, cuya sangre haya llegado á tierra (100). Compénsase con treinta y seis sueldos de oro una herida en la cabeza ó en otra parte, si saliése de la herida un hueso capaz de producir un sonido arrojado contra un escudo, que deberá colocarse

á doce piés de distancia (101). El animal doméstico que mataba á un hombre había de entregarse á los parientes del muerto con una indemnización: lo mismo sucedía con el trozo de madera que caía sobre un transeunte. Los Hebreos tenían también reglamentos semejantes.

Y sin embargo aquellas leyes, tan violentas en las cosas que describen, son mucho más suaves en realidad que las nuestras; únicamente se pronuncia la pena de muerte cinco veces en la ley sálica y seis veces en la ley ripuaria, siendo una cosa muy digna de notarse, que nunca se pronuncia, excepto en un solo caso para castigar el asesinato: el homicidio no exige la pena capital, mientras que se castigan con ella el rapto, la prevaricación, y la falsificación de algún título ó privilegio, quedando aun para todos estos crímenes ó delitos el recurso de los co-jurandos.

El procedimiento relativo al único caso de muerte en reparación del homicidio es un cuadro de costumbres. El que hubiese quitado la vida á un hombre, y no tuviese con qué pagar la indemnización, ha de presentar doce co-jurandos, los cuales declaren que el delincuente no posee nada, ni en el país ni fuera de él, sino lo que ofrece para compensar el homicidio.

En seguida el acusado entra en su morada y toma tierra con la mano en los cuatro extremos de la casa: vuelve á la puerta, se mantiene en pié en el dintel con el rostro vuelto hácia el interior de la habitación: después por encima de sus hombros, derrama la tierra sobre su pariente más cercano. Si su padre, su madre y sus hermanos han abandonado cuanto tenían echá la tierra sobre la hermana de su madre, ó sobre los hijos de esta hermana, ó sobre los tres parientes más cercanos en la línea materna (102). Hecho esto, descalzo y en camisa, salta con la ayuda de una vara larga por encima del cercado que hay en torno de su casa, y entonces los tres parientes de la línea materna tienen que encargarse de pagar lo que falta á la suma en que se han convenido. A falta de parientes maternos son llamados los paternos. El pariente pobre que no puede pagar tira á su vez la tierra recogida en los cuatro extremos de la casa sobre el pariente más rico: si este pariente no puede completar el importe de la suma, el demandante obliga al asesino á comparecer ante cuatro audiencias sucesivas: finalmente, si ninguno de los parientes de este último quiere redimirle le dan muerte; *de vita componat*.

De estas precauciones multiplicadas que adoptaban para salvar los días de un culpable, resulta que los Bárbaros trataban la ley como tiranía, y se precavían contra ella; no haciendo caso alguno de su vida ni de la de los demás, consideraban como un derecho natural el matar ó ser muertos. El rey mismo en la ley de los Sajones, podía ser muerto, lo cual se compensaba pagando setecientas veinte libras de plata. El Germano no concebía que un ser abstracto, una ley, pudiera derramar su sangre. Así, en el principio de la sociedad, el instinto del hombre rechazaba la pena de muerte, del mismo modo que en la sociedad perfecta la abolirá la razón: de manera que esta pena habrá sido establecida tan solo en el intermedio del estado puramente salvaje, y del estado completo de civilización; ó lo que es lo mismo, cuando la sociedad no tenía ya la independencia del primer estado, ni había llegado todavía á la perfección del segundo.

SEGUNDA PARTE.

CONTINUACION DE LAS COSTUMBRES DE LOS BÁRBAROS.

Los guías de las naciones bárbaras eran casi tan extraordinarios como ellas. En medio de la conmoción social, Atila parecía haber nacido para espanto del

mundo: iba unida a su destino una impresión de terror, y el vulgo tenía de él una opinión terrible. Su andar era magestuoso, y echábase de ver su poderío en los movimientos de su cuerpo, y en el girar de sus ojos. Amante de la guerra, pero sabiendo contener su ardimiento, era prudente en el consejo, accesible a los que rogaban, y propicio con aquellos cuya fe había recibido. Su corta estatura, su pecho ancho, su cabeza más ancha todavía, sus ojos pequeños, su escasa barba, sus cabellos canosos, su nariz roma y su color atezado, revelaban su origen (1).

Su capital era un campo ó un gran aprisco de madera en los pastos del Danubio; los reyes a quienes había sometido, velaban alternativamente en la puerta de su cabaña, y sus mujeres habitaban otros aposentos en torno suyo. Cubriendo su mesa con platos de madera y manjares groseros, dejaba los vasos de oro y de plata, trofeos de la victoria y obras maestras de las artes de Grecia, en manos de sus compañeros (2). Sentado allí el tártaro en un escabel, recibía a los embajadores de Roma y Constantinopla: a su lado se sentaban también, no los embajadores, sino Bárbaros desconocidos que eran sus generales y capitanes: bebía a su salud, concluyendo, en medio de la expansiva generosidad del vino, por perdonar a los señores del mundo (3). Cuando Atila se encaminó a la Galia, llevaba una especie de trabilla de príncipes tributarios que esperaban, con miedo y temblando, una señal del dominador de los monarcas, para ejecutar lo que les ordenase (4).

Pueblos y gefes llenaban una misión que ellos mismos no podían explicarse: llegaban de todos lados a las riberas de la desolación, unos a pie otros a caballo ó en carros, unos arrastrados por ciervos (5) ó por renegidos, ó llevados por camellos, y otros flotando sobre sus escudos (6), ó en barcas de cuero y de corteza de árboles (7). Navegantes intrépidos entre los hielos del Norte y las tempestades del Mediodía parecían que hubiesen visto descubierto el fondo del Océano (8). Los Vándalos que pasaron al África confesaban que no tanto cedían a su voluntad, como a un impulso irresistible (9).

Aquellos soldados del Dios de los ejércitos no eran sino los ciegos ejecutores de un designio eterno: de aquí nacían ese furor de destruir, esa sed de sangre que no podían apagar; esa combinación de todas las cosas para su triunfo; vileza de los hombres, falta de valor, de virtud, de talento y de genio. Genserico era un príncipe sombrío, sujeto a accesos de negra melancolía; y en medio del trastorno del mundo, parecía grande porque se había encumbrado sobre las ruinas. En una de sus expediciones marítimas, cuando todo estaba preparado, y él propio se había embarcado, no sabía donde iba. «Señor, le dijo el piloto, ¿a qué pueblos quieres hacer la guerra?—A aquellos; respondió el viejo vándalo, contra quienes Dios está irritado» (10).

Alarico marchaba hacia Roma, y un ermitaño atajo el camino al conquistador, advirtiéndole (11) que el cielo venga los infortunios de la tierra. «No puedo detenerme, dijo Alarico; alguno me aguija y me estimula a saquear a Roma.» Tres veces sitió la ciudad eterna antes de apoderarse de ella: Juan y Brasilio, que le fueron enviados como diputados en el primer sitio para excitarle a que se retirase, le representaron que si persistía en su empresa tendría que combatir con una muchedumbre desesperada. «La yerba espesa, repuso el diezador de los hombres, se siega mejor» (12). Sin embargo, dejase aplacar y se contentó con exigir de los demandantes todo el oro, la plata, los muebles preciosos y los esclavos de origen bárbaro. «Rey, exclamaron los enviados del Senado, ¿qué quedará pues a los romanos?—«La vida» (13).

He dicho ya en otra parte que despojaron las imágenes de los dioses, y que fundieron las estatuas de

oro del Valor y de la Virtud. Alarico recibió cinco mil libras de oro, treinta mil de plata, cuatro mil túnicas de seda, tres mil pieles teñidas de escarlata y tres mil libras de pimienta (14). Con el hierro había rescatado Camilo de los Galos a los antiguos Romanos.

Ataulfo, sucesor de Alarico, decía: «He tenido el empeño de borrar el nombre romano de la faz de la tierra, y de sustituir al imperio de los Césares el imperio de los Godos, con el nombre de Gothia. Mas habiéndome demostrado la experiencia la imposibilidad en que se hallan mis compatriotas de soportar el yugo de las leyes, he mudado de resolución: en vista de esto he querido ser el restaurador del imperio romano, en vez de ser su destructor.» Un sacerdote llamado Gerónimo refiere (año 416) en su gruta de Be-len á otro sacerdote llamado Orosio estas novedades del mundo (15): otra maravilla.

Una corza abrió el camino a los Hunos al través de la laguna Meotis y desapareció (16). Una becerra se birió el pie en un prado, y el pastor descubrió una espada oculta entre la yerba, la cual presentó al príncipe tártaro: Atila tomó la espada, y por ella, llamándola espada de Marte (17), juró realizar sus derechos a la dominación del mundo. Decía: «La estrella cae, la tierra tiembla; soy el martillo del universo.» Añadió él mismo a sus títulos el de *Azote de Dios*, que le daba la tierra (18).

Tal era el hombre a quien la vanidad de los Romanos llamaban *general al servicio del imperio*; el tributo que le pagaban era a sus ojos *el sueldo de general*; y lo mismo hacían con los gefes de los Godos y de los Borgoñones. El huno decía con este motivo: «Los generales de los emperadores son criados, y los generales de Atila emperadores» (19).

Vió Atila en Milan un cuadro que representaba a algunos Godos y Hunos prosternados delante de los emperadores; y mandó que le pintasen a él propio sentado en un trono, y a los emperadores llevando en los hombros sacos de oro que vaciaban a sus pies (20).

«Creeis, preguntaba a los embajadores de Teodosio II, que pueda existir una fortaleza ó una ciudad si se me antoja hacerla desaparecer del suelo?» (21).

Después de haber quitado la vida a su hermano Bleda, envió dos godos, uno a Teodosio y otro a Valentiniano, con este mensaj: «Atila, mi señor y vuestro, os manda que le prepareis un palacio.» (22).

«La yerba no vuelve a crecer, decía también aquel exterminador, en los sitios por donde ha pasado el caballo de Atila.»

El instinto de una vida misteriosa, perseguía hasta en la muerte a estos mandatarios de la Providencia. Alarico sobrevivió poco tiempo a su triunfo; los Godos desviaron el curso de las aguas de Busentum, cerca de Cozencia; cavaron una sepultura en medio de su lecho enjuto; depositaron en ella el cadáver de su gefe con gran cantidad de plata y telas preciosas; después volvieron el Busentum a su lecho, y su rápida corriente pasó por encima de la tumba de un conquistador (23).

Los esclavos empleados en la obra fueron degollados, para que ningún testigo pudiese revelar donde descansaba el que había tomado a Roma, cual si temiesen que por méritos de aquella gloria ó de aquel crimen buscasen sus cenizas.

Atila, que había espirado en el regazo de una mujer, fue expuesto primero en su campamento entre dos largas filas de tiendas de seda. Los Hunos se arancaron los cabellos y acuchillaron las mejillas para llorar a Atila, no con lágrimas de mujer, sino con sangre de hombre (24). Numerosos ginetes daban vueltas en torno del catafalco, cantando alabanzas del héroe. Terminada esta ceremonia pusieron una mesa encima de la tumba preparada, y los asistentes se sentaron a un festín mezclado de alegría y de dolor. Después del banquete confiaron el cadáver a la tierra

en el secreto de la noche: estaba encerrado en un triple féretro de oro, de plata y de hierro. Sepultaron con el féretro armas arrebatadas al enemigo, aljabas enriquecidas con piedras preciosas, ornamentos militares y banderas; y para ocultar para siempre a los hombres el sitio de semejantes riquezas, los enterradores fueron enterrados juntamente con el cadáver (25).

Segun relación de Prisco, la noche misma en que murió el Tártaro, el emperador Marciano vió en sueños en Constantinopla el arco solo de Atila (26). El mismo Atila, después que le derrotó Acio, había formado el proyecto de quemarse vivo en una hoguera formada con las sillas y los arneses de sus caballos, para que nadie pudiese alabarse de haber hecho prisionero ó muerto al que tantas victorias había conseguido (27): así habría desaparecido en las llamas como Alarico en un torrente: imágenes de la grandeza y de las ruinas con que habían llenado su vida y cubierto la tierra.

Los hijos de Atila, que formaban por sí solos un pueblo (28), se dividieron. Las naciones que aquel hombre había reunido bajo el poder de su espada, se citaron para la Panonia, en las orillas del río Netad, para emanciparse y despedazarse. Matáronse a competencia una multitud de soldados sin gefe (29), el Godo esgrimiendo la espada, el Gépido moviendo el venablo, el Huno arrojando la flecha, el Suevo a pie, y el Alano y el Hérulo armados, el uno pesadamente y el otro a la ligera (30): treinta mil hunos quedaron en el campo, sin contar a sus aliados y enemigos. Allac, hijo querido de Atila, murió a manos de Alarico, gefe de los Gépidos. Nada tenía de positivo la herencia del mundo que había dejado el rey de los Hunos; no era sino una especie de ficción ó de encanto producido por su espada: roto el talismán de la gloria, todo se desvaneció. Los pueblos pasaron con el torbellino que los había conducido; y el reino de Atila fue tan solo una invasión.

La imaginación popular, conmovida fuertemente con tan repetidas escenas de matanza, había inventado una historia que parece la alegoría de todos aquellos furros y exterminios. Un fragmento de Damarcio refiere, que Atila dió una batalla a los Romanos en las puertas de Roma, y que todos perecieron por una y otra parte, excepto los generales y algunos soldados. Cuando hubieron perecido los cuerpos, permanecieron en pie las almas, continuando la acción durante tres días y tres noches: aquellos guerreros no combatieron con menos ardimiento muertos que vivos (31).

Mas si por un lado los Bárbaros se sentían estimulados a destruir, hallábanse contenidos por otra: el mundo antiguo que tocaba a su ruina, no debía desaparecer enteramente en el punto en que principiaba la nueva sociedad. Cuando Alarico se hubo apoderado de la ciudad eterna, señaló la iglesia de San Pablo y de San Pedro para retiro de los que quisiesen encerrarse en ellas; sobre lo cual hace San Agustín esta bellísima observación: que si el fundador de Roma había abierto en su ciudad naciente un asilo, Cristo estableció en ella otro mas glorioso que el de Rómulo (32).

En medio de los horrores de una ciudad entregada al saqueo, en medio de una capital caída por vez primera, y para siempre del rango de dominadora y de señora de la tierra, vióse a algunos soldados (!y qué soldados!) protegiendo la traslación de los tesoros del altar. Llevaban los vasos sagrados uno a uno y descubiertos; a ambos lados marchaban los Godos con espada en mano, y los Romanos y los Bárbaros entonaban juntos himnos en alabanza de Cristo (33).

Lo que Alarico perdonó no hubiera escapado de las manos de Atila, que marchaba contra Roma. San Leon salió a su encuentro: el sacerdote de Dios detuvo al azote de Dios (34), y el prodigio de las artes dió vida

al milagro de la historia en el nuevo Capitolio, que caía a su vez: Convertidos los Bárbaros en cristianos, unían a su aspereza las austeridades del anacoreta: Teodorico, antes de atacar el campo fortificado de Litorio, pasó la noche vestido de estera (35), y no la dejó sino para volver a tomar el sayo de piel.

Si los Romanos aventajaban a los vencedores en civilización, estos les eran superiores en virtudes. «Cuando queremos insultar a un enemigo, dice Luitprando, le llamamos Romano: este nombre significa bajeza, cobardía, avaricia, lujuria, mentira, y el solo encierra todos los vicios» (36). Los Bárbaros desdeñaban el estudio de las letras, diciendo: «El niño que tiembla a la vista de la vara, no podrá mirar una espada sin temblar» (37). En la ley sálica, el asesinato de un franco, se evaluaba en doscientos sueldos de oro; el de un romano propietario, en cien sueldos, es decir, en la mitad del de un hombre (38).

Ni las dignidades, ni la edad, ni la profesión, ni el culto, contuvieron los furros del desorden, en medio de las provincias incendiadas; los ojos no podían apartarse del circo y del teatro: saqueada Roma, los Romanos fugitivos pasaron a hacer alarde de su depravación a la vista de Cartago, que se conservó romana todavía por algun tiempo (39). Cuatro veces fue invadida Tréveris, y el resto de sus ciudadanos se sentó, rodeado de sangre y de ruinas, en las gradas desiertas de su anfiteatro.

«Fugitivos de la ciudad de Tréveris, exclama Salviano, os habeis dirigido a los emperadores solicitando el permiso de volver a abrir el teatro y el circo; mas ¿dónde está la ciudad, dónde está el pueblo en cuyo nombre me presentan esa petición?» (40).

Colonia sucumbió en medio de una orgía general: los principales ciudadanos no estaban en estado de levantarse de la mesa, cuando el enemigo, dueño ya de las murallas, se precipitaba en la ciudad (41).

Casi todas las casas de Cartago eran sitios de prostitución: vagaban por las calles hombres coronados de flores, esparciendo a lo lejos la fragancia de los perfumes, vestidos como las mujeres, con la cabeza velada como ellas, y vendiendo a los transeúntes sus detestables favores (42). Llegó Genserico: fuera de la ciudad resonaba el estruendo de las armas, y dentro la algazara de los juegos; confundíanse los ayes de los moribundos con las voces de un populacho ebrio, y apenas podía distinguirse el grito de las víctimas de la guerra, de las aclamaciones de la muchedumbre que ocupaba el circo (43).

Recuérdese, para no perder de vista el curso de los sucesos, que en aquella época, Rutilio ponía en verso su viaje de Roma a Etruria, como Horacio en los hermosos días de Augusto, su viaje de Roma a Brindis; que Sidonio-Apolinar cantaba sus deliciosos jardines en la Auvernia invadida por los Visigodos; que los discípulos de Hipatia no respiraban sino para ella en las dulces relaciones de la ciencia y del amor; que Damascio en Atenas, daba mas importancia a cualquier ensueño filosófico que a la destrucción de la tierra; que Orosio y San Agustín estaban mas ocupados con el cisma de Pelagio que con la desolación del Africa y de las Galias; que los eunuocos de palacio se disputaban destinos que solo habían de poseer por espacio de una hora; finalmente, que había historiadores que escudriñaban como yo los archivos de lo pasado en medio de las ruinas de lo presente, y que escribían los anales de las revoluciones antiguas al estruendo de las revoluciones modernas, sirviendo de mesa a ellos y a mí en el edificio que se desploma, la piedra caída a nuestros pies, esperando la que ha de aplastar nuestras cabezas.

No es posible formarse en el día sino una idea vaga del espectáculo que presentaba el mundo romano después de las incursiones de los Bárbaros: la tercera parte (y quizás la mitad) de la población de Europa

y de una parte del Africa y del Asia fue destruida por la guerra, la peste y el hambre.

La reunion de tribus germánicas durante el reinado de Marco-Aurelio, dejó en las orillas del Danubio huellas que no tardaron en borrarse; pero cuando aparecieron los Godos en tiempo de Filipo y de Decio, la desolacion se extendió y fue duradera. Valeriano y Galieno vestían la púrpura cuando los Francos y los Alemanes asolaron las Galias y pasaron á España.

En su primera expedicion naval saquearon los Godos el Ponto; en la segunda se precipitaron de nuevo sobre el Asia Menor, y en la tercera redujeron á cenizas la Grecia. Estas invasiones produjeron una hambre y una peste que duró quince años, y que recorrió todas las provincias y todas las ciudades, muriendo en un solo día cinco mil personas (44). Se averiguó por el registro de los ciudadanos que recibían una retribucion de trigo en Alejandria, que aquella ciudad habia perdido la mitad de sus habitantes (45).

Una invasion de trescientos veinte mil Godos en el reinado de Claudio, cubrió la Grecia; y en Italia en tiempo de Probo, otros bárbaros multiplicaron los mismos infortunios. Cuando Juliano pasó á la Galia, acababan de ser destruidas por los Alemanes cuarenta y cinco ciudades: los habitantes habian abandonado los pueblos abiertos, y no cultivaban ya sino las tierras cerradas dentro de las murallas de los puntos fortificados. En el año 412 los Bárbaros recorrieron las diez y siete provincias de las Galias, impeliendo delante de ellos como un rebaño, senadores y matronas, señores y esclavos, hombres y mujeres, doncellas y mancebos. Un cautivo que caminaba á pié en medio de los carros y de las armas, no tenía mas consuelo que ir junto á su obispo, tambien prisionero; poeta y cristiano á la vez, tomaba este cautivo por asunto de sus cantos los infortunios de que era testigo y víctima. «Aun cuando el Océano hubiese inundado las Galias, no habria causado tan horribles estragos como esta guerra. Si nos han tomado nuestras reses, nuestros frutos y nuestros granos; si han destruido nuestras viñas y nuestros olivares; si el fuego y el agua han arruinado nuestras casas en el campo, y si (lo que es todavía mas triste) permanece desierto y abandonado lo poco que nos resta; todo esto no compone mas que la menor parte de nuestros males. Mas ¡ay! diez años ha que los Godos y los Vándalos hacen de nosotros una horrible carnicería. Los castillos edificadas sobre las rocas, las poblaciones situadas en las montañas mas altas, las ciudades rodeadas de rios, no han bastado para librar á los habitantes del furor de esos Bárbaros, y en todas partes han estado expuestos á los últimos extremos. Si no puedo quejarme de la matanza verificada sin discernimiento en tantos pueblos, en tantas personas considerables por su rango, que pueden no haber recibido sino el justo castigo de los crímenes que habian cometido ¿no puedo al menos preguntar qué culpa tenían tantos niños envueltos en la misma carnicería, tantos niños cuya edad era incapaz de pecar? ¿Por qué ha dejado Dios consumir sus templos?» (46).

La invasion de Atila completó estas destrucciones: únicamente se salvaron dos ciudades al Norte de Loira, Troyes y París. En Metz los Hunos ahorcaron hasta los niños, á quienes el obispo se habia apresurado á bautizar, y luego entregaron la ciudad á las llamas: mucho tiempo despues no era posible reconocer el sitio donde habia existido, sino por un oratorio que se habia escapado solo del incendio (47). Salviano habia visto ciudades llenas de cuerpos muertos: perros y aves de presa, cebadas en la carne infecta de los cadáveres, eran los únicos seres vivientes de aquel calvario (48).

Los Thuringios que servían en el ejército de Atila practicaron al retirarse por medio del país de los Francos, crueldades inauditas que Teodorico, hijo de Clo-

vis, recordaba ochenta años despues, para estimular á los Francos á la venganza. «Precipitándose sobre nuestros padres, les arrebataron todo, y colgaron de los árboles á sus hijos por los nervios de los muslos. Dieron á mas de doscientas doncellas una muerte cruel: ataron los brazos de las unas á la cola de los caballos, que estimulados por un aguijon de acero, las hicieron pedazos: tendieron á otras en los carriles de los caminos, y las clavaron con estacas en la tierra: pasaron por encima de ellas carretas cargadas, rompiendo sus huesos, y quedaron para pasto de los cuervos y de los perros (49).»

Los documentos mas antiguos que hablan de concesiones de terrenos á los monasterios, declaran que dichos terrenos se sacan de los bosques, (50) que están desiertos, *eremi*, ó mas enérgicamente que se toman del desierto (51), *ab eremo*. Los cánones del concilio de Angers (4 de octubre de 453), ordenan á los clérigos que se provean de cartas episcopales para viajar; les prohiben que lleven armas; vedan las violencias y las mutilaciones, y escomulgan al que hubiese entregado ciudades: estas prohibiciones prueban que habia desórdenes é infortunios en las Galias.

El título cuarenta y siete de la ley sálica: *Del que se ha establecido en una propiedad que no le pertenece, y del que la posee hace doce meses*, manifiesta la incertidumbre de la propiedad, y el gran número de propiedades sin dueño. Todo el que haya ido á establecerse en una propiedad ajena, y permanezca en ella doce meses sin contestacion legal, podrá continuar en su goce con la misma seguridad que los demás habitantes (52).

Si saliendo de las Galias dirigis vuestros pasos al Oriente de Europa, presenciareis un espectáculo no menos triste. Despues de la derrota de Valente, nada quedó en las comarcas que se extienden desde las murallas de Constantinopla hasta el pié de los Alpes-Julianos: las dos Tracias ofrecían á lo lejos unos campos desiertos, verdes y entapizados de huesos blanquecinos. El año 448 enviaron á Atila embajadores romanos: trece días tardaron en llegar á Sárdica, incendiada, y de Sárdica á Naisa: la ciudad natal de Constantino no era ya sino un monton de piedras: varios enfermos desfallecian entre los escombros de las iglesias; y la campiña de los contornos se veía sembrada de esqueletos (53). «Desvastaron las ciudades y degollaron á los hombres, dice San Gerónimo, desaparecieron los cuadrúpedos, las aves y hasta los peces, y la tierra se cubrió de zarzales y de espesos bosques (54).»

La España tuvo su parte en aquellas calamidades. En tiempo de Orosio, Tarragona y Lérida se hallaban en el estado de desolacion en que las dejaron los Suevos y los Francos; apenas se descubrian algunas cabañas levantadas en el recinto de las metrópolis arruinadas. Los Vándalos y los Godos aumentaron estas ruinas, y el hambre y la peste consumaron la destruccion. En los campos, las fieras cebadas en los cadáveres, se abalanzaban á los hombres que respiraban aun: en las ciudades, hacínadas las poblaciones, despues de haberse alimentado con las mas asquerosas sustancias, se devoraban entre sí: una mujer tenía cuatro hijos; les quitó la vida y se los comió todos (55).

Los Pictos, los Caledonios, y en seguida los Anglo-Sajones, exterminaron á los Bretones, excepto las familias que se refugiaron al país de Gales ó á la Armórica. Los insulares dirigieron á Acio una carta cuyo sobre escrito decia así: *El gemido de la Bretaña á Acio, tres veces consul*. Decían: «Los Bárbaros nos arrojan hácia el mar, y el mar nos repele hácia los Bárbaros: solo nos queda la eleccion de la muerte, entre el filo de la espada y las ondas (56).»

Gilda completa el cuadro: «La mano sacrilega de los Bárbaros venidos de Oriente, paseó el incendio de

un mar á otro: el fuego no se detuvo hasta despues de haber abrasado las ciudades y los campos en toda la superficie de la tierra, y haberla barrido como con una lengua roja hasta el Océano occidental. Todas las columnas se desplomaron con el choque del ariete; todos los habitantes de la campiña con los guardianes de los templos; los sacerdotes y el pueblo perecieron por el hierro y el fuego. Elevase una torre venerable en medio de las plazas públicas, y cae: los fragmentos de los muros, las piedras, los altares sagrados, los miembros de los cadáveres amasados y mezclados con la sangre, se parecían á la uva pisada en un horrible lagar.

«Algunos infelices que se habian escapado de estos desastres fueron alcanzados y degollados en las montañas: otros, obligados por el hambre, volvían y se entregaban al enemigo para sufrir una esclavitud eterna, lo cual se consideraba, como un señalado favor: otros pasaban á los pueblos de Ultramar, y durante la travesía cantaban con grandes suspiros, debajo de las velas de los buques: *Tú ¡oh Dios! nos has entregado como carneros para un festin: tú nos has dispensado entre las naciones (57).*»

Una de las leyes gálicas describe por completo la miseria de la Gran-Bretaña: determina la indicada ley que no se reciba compensacion alguna por el robo de la leche de una yegua, de una perra ó de una gata (58).

Los Vándalos aniquilaron las tierras fértiles de Africa, á la manera que sus estériles arenas están aniquiladas por el sol (59). «Semejante devastacion, dice Possidonio, testigo ocular, hizo muy amargo á San Agustín el último tiempo de su vida; veía las ciudades arruinadas, en el campo los edificios derruidos, los habitantes muertos ó fugitivos, las iglesias desprovistas de sacerdotes, y las vírgenes y los religiosos dispersados. Unos habian sucumbido á los tormentos, otros perecido al rigor del acero; y otros en fin, reducidos al cautiverio, y habiendo perdido la integridad del cuerpo, del espíritu y de la fe, servían á enemigos duros y brutales... Los que se fugaron á los bosques, á las cuevas y rocas ó á las fortalezas, caían prisioneros, y perecían ó se morían de hambre. En Africa, de tanto número de iglesias, apenas quedaban tres, Cartago, Hippona y Clotha, que no hubiesen sido arruinadas, y cuyas ciudades subsistiesen (60).

Los Vándalos arrancaron las viñas, los árboles frutales, y particularmente los olivos, para que los habitantes retirados á las montañas no pudiesen hallar alimento (61). Demolieron los edificios públicos que se habian escapado de las llamas, y en algunas ciudades no quedó ni un solo hombre con vida. Inventores de un nuevo medio de tomar las ciudades fortificadas, pasaban á cuchillo á los prisioneros alrededor de las murallas; la infeccion de aquellos cadáveres, bajo un sol ardiente, se esparcía por el aire, y los Bárbaros dejaban al viento el cuidado de llevar la muerte al interior de los muros que no habian podido asaltar (62).

Finalmente, la Italia vió precipitarse sucesivamente sobre ella torrentes de Alemanes, de Godos, de Hunos y de Lombardos, cual si los rios que descienden de los Alpes y se dirigen á opuestos mares, mudando de improviso de curso, se hubiesen lanzado sobre la Italia á oleadas. Roma, cuatro veces sitiada y dos veces tomada, sufrió los infortunios mismos con que abrumara á la tierra. «Las mujeres, segun San Gerónimo, no perdonaron siquiera á los niños que tenían á los pechos, é hicieron volver á entrar en su vientre el fruto que acababa de salir de él (63). Roma se convirtió en tumba de los pueblos mismos cuya madre habia sido... La lumbrera de las naciones se apagó, y cortando la cabeza del imperio romano, se cortó al mismo tiempo la del mundo (64).—Se han difundido

noticias terribles, exclamaba San Agustín desde lo alto del púlpito al hablar del saqueo de Roma; carnicería, incendio, rapiña, exterminio! ¡Gemimos, lloramos, y no hallamos consuelo! (65).»

Hicieronse reglamentos para aliviar del tributo las provincias de la Península, principalmente la Campania, la Toscana, el Pisceno, el Samnio, la Apulia, la Calabria, el Brucio y la Lucania, y diéronse á los extranjeros que consentían en cultivar las tierras que habian quedado sin dueño (66). Mayoriano (67) y Teodorico se ocuparon en reparar los edificios de Roma, de los que no habia quedado ni uno entero, si hemos de dar crédito á Procopio (68). La ruina fue creciendo con el tiempo; con los nuevos asedios, con el fanatismo de los cristianos y con las guerras intestinas: Roma vió reproducirse sus conflictos con Alba y Tibur: batíanse á las puertas mismas de la ciudad, y los espacios vacíos que habia en su recinto fueron entonces el campo de aquellas batallas que en otro tiempo daban en los confines de la tierra. Su poblacion que ascendía á tres millones de habitantes, quedó reducida á menos de ochenta mil (69). Hácia el principio del siglo viii cubrían la Italia bosques y pantanos: los lobos y otras fieras de los montes frecuentaban los anfiteatros edificadas para ellos; pero ya no habia hombres que devoraran.

Los despojos del imperio pasaron á los Bárbaros; los carros de los Godos y de los Hunos, las barracas de los Sajones y de los Vándalos, se veían cargados de cuanto habian acumulado por espacio de tantos siglos las artes de Grecia y el lujo de Roma: desocupaban el mundo como una casa que se deja. Genserico mandó á los ciudadanos de Cartago que le entregasen bajo pena de la vida las riquezas que poseían: dividió las tierras de la provincia proconsular entre sus compañeros, y conservó para sí mismo el territorio de Bizancio y de las tierras fértiles de Numidia y de Getulia (70). Este mismo príncipe despojó á Roma y al Capitolio en la guerra que Sidonio designa con el nombre de cuarta guerra púnica (71), y reunió una masa de cobre, bronce, oro y plata que ascendía á muchos millones de talentos (72).

El tesoro de los Godos era celebre: consistía en cien palanganas llenas de oro, perlas y diamantes que Ataulfo ofreció á Placidia; en sesenta cálices, quince patenas y veinte cofres preciosos para encerrar el Evangelio (73). El *Missorium*, que componía parte de esta riqueza, era un plato de oro de quinientas libras de peso, elegantemente cincelado. Sisenando, rey godo, lo empeñó á Dagoberto por un auxilio de tropas: el godo hizo que lo robasen en el camino, y apaciguó despues al franco con una suma de doscientos mil sueldos de oro, precio que se creyó muy inferior al valor del plato (74). Pero la mayor maravilla de este tesoro era una mesa formada de una sola esmeralda: rodeábanla tres órdenes de perlas, y estaba sostenida por sesenta y cinco piés de oro macizo, incrustado de piedras preciosas: estimábanla en quinientas mil piezas de oro; de los Visogodos pasó á los Arabes (75): conquista digna de su imaginacion.

La historia al presentarnos el cuadro general de los desastres de la especie humana en aquella época, ha dejado sepultadas en el olvido las calamidades particulares, siéndole imposible dar cuenta de tantos infortunios. Sabemos únicamente por los apóstoles cristianos una parte de las lágrimas que enjugaban en secreto. La sociedad trastornada en sus cimientos, privó hasta á la misera cabaña de la inviolabilidad de su indigencia, y no se vió ya mas segura que el suntuoso palacio: en tan aciago tiempo, cada tumba encerraba un desgraciado.

El concilio de Braga, en Lusitania, suscrito por diez obispos, da una idea sencilla de lo que ocurrió y se padecía en las invasiones. El obispo Pancraciano tomó la palabra: «ya veis, hermanos míos, como está